

El espacio autobiográfico del cuerpo trans en España¹

Rafael M. Mérida Jiménez
Universitat de Lleida

Resumen

Durante las décadas de los setenta y de los ochenta del siglo XX, a uno y otro lado del Atlántico, diversos textos narrativos en lengua española introdujeron la figura del travesti como cuerpo que encarnaba una variada gama de sentimientos amorosos y de prácticas eróticas -asociados a la prostitución o a la marginalidad social, pero también, por ejemplo, al mundo del espectáculo más rutilante-. Estos personajes novelescos, como sus creadores mismos, vivieron aquella etapa de libertad sexual previa a la pandemia del sida que hizo del transformista una de las metáforas más transgresoras del deseo masculino, comúnmente asociado al universo más o menos gay. En el presente artículo pretendo valorar comparativamente dos testimonios recientes, ajenos al ámbito de la ficción, que se mueven en el espacio autobiográfico (la biografía de Dolly van Doll y un ensayo de Beatriz Preciado), que canalizan sendas modalidades de autopercepción trans en donde mejor se comprueba el indiscutible cambio de esas sexualidades *otras* y de sus imaginarios y prácticas, normalizaciones y disidencias.

En un trabajo reciente, titulado “Memoria marginada, memoria recuperada” (Mérida Jiménez, 2008), he analizado algunas sinuosas representaciones y significaciones lingüísticas, históricas y sociales de la figura del travesti en la cultura española de fines de los años 70 a partir de una relectura de las *Memorias trans*, de Pierrot (2006). Allí citaba obras muy diversas, desde piezas narrativas de Terenci Moix y Lluís Fernández hasta películas de Vicente Aranda o Ventura Pons, pasando por testimonios de algunas de las personas más comprometidas con el colectivo gay (como Armand de Fluvià y Jordi Petit) y por estudios historiográficos que en los últimos años han ofrecido una indispensable revisión de la presencia y de las persecuciones políticas sufridas por las minorías sexuales en la España contemporánea.

El propósito de la presente comunicación, en cambio, es analizar dos obras que, a mi juicio, reflejan sendas realidades *trans* muy diferentes cronológica e ideológicamente, como diversos resultan sus presupuestos discursivos y sus propósitos narrativos, que a un tiempo iluminan espacios autobiográficos pocos transitados de nuestra historia reciente, y que me servirán para reflexionar sobre algunas palabras -que se (re)presentan en permanente evolución- y sobre diversas identidades sexuales a la zaga de sí mismas. Las memorias de Dolly van Doll (tituladas *De niño a mujer*) me servirán para valorar auto-percepciones transexuales y heterosexuales a partir de los años 60; un ensayo de Beatriz Preciado (*Testo yonqui*) me permitirá interrogarme sobre las nuevas combinatorias de *genres* (géneros literarios) y *genders* (géneros sexuales) al inicio de este milenio.

Nora Catelli, en su ensayo *El espacio autobiográfico*, ha profundizado en “el modo en que ciertos autores describen la construcción del yo en conexión con algo previo (un modelo, un polo de identificación, otro yo anterior)” (Catelli, 2007: 220), pues su objetivo era analizar la “relación de semejanza” en diversas piezas autobiográficas de

¹ Este trabajo está vinculado al Grupo de Investigación *Cuerpo y Textualidad* (2005SGR-1013) y al proyecto *Los textos del cuerpo* (HUM2005-4159/FILO).

los siglos XIX y XX a la luz de la teoría literaria contemporánea. Mi meta es mucho más modesta ahora: sólo deseo apuntar, aunque suene a tarea baladí, que somos palabras, y que con ellas nuestros cuerpos sexuales también adquieren entidad e identidad, se liberan y encadenan. Las palabras definen nuestros más íntimos espacios y nosotros definimos las palabras en feliz o inconsciente contienda a lo largo del tiempo, esa historia que es la suma de infinitos presentes.

1.- La “biografía real” (autobiográfica): *transexualidades heteros*

De niño a mujer. Biografía de Dolly Van Doll (Matos, 2007) es un libro curioso desde múltiples puntos de vista, empezando por su autoría misma, pues mientras en la cubierta exterior se atribuye a “Pilar Matos”, en la interior se asigna a “Pilar Díaz”. No se trata de un error, como podría deducirse, pues en la solapa inicial -con un texto (¿auto?)biográfico muy poco habitual- se nos informa que el segundo es pseudónimo de la primera identidad, la oficial, de quien fuera sobre todo conocida, según se nos explica, como locutora de radio. De manera que puede sugerirse que la cronista de la trayectoria vital de la protagonista reformuló, al igual que ella, su nombre público (si bien en un caso las razones son obvias y en el otro no quedan aclaradas). Pilar Matos firma un breve “Prefacio” (Matos, 2007: 9-11) en donde justifica la génesis del texto que vamos a leer, fruto de la admiración profesional que profesaba a Van Doll, a quien conoció, antes de retirarse, como gran figura de los escenarios barceloneses a partir de los años 70 y, finalmente, culminada la redacción de su obra, resultado del más estrecho conocimiento de “la personalidad interior de una mujer sencilla, generosa, tierna y dispuesta a ayudar a los más desfavorecidos, como hace con frecuencia con los niños pobres y sin recursos del Nepal, a los que visita con bastante frecuencia” (Matos, 2007: 9); en definitiva, Carla Follis sería “un ser humano tan excepcional como lo fue en su época de gran estrella del *music hall*” (Matos, 2007: 10).

Otra de las curiosidades de esta obra está relacionada con el género literario al que pertenece: según su subtítulo sería una “biografía”, condición sugerida por la presencia de una autora diferente a la biografiada, modalidad literaria que suele emplear un narrador y un punto de vista en tercera persona. Sin embargo, nuestra sorpresa será grande cuando advirtamos que el recuento vital que vamos a leer emplea la primera persona del singular (la palabra inicial es “Nací”; Matos, 2007: 13), pues, como anticipaba el “Prefacio”, se trata de la transcripción de una serie de entrevistas grabadas para que vean la luz una vez refundidas convenientemente, ya que habría sido la propia Carla/Dolly Van Doll, quien “me animó a proponerle escribir su biografía: eso sí, una biografía real, abierta de par en par” (Matos, 2007: 10). Resulta muy pertinente destacar el pacto establecido entre biografiada/activa y biógrafa/pasiva, así como el calificativo empleado (“real”), pues se antoja o bien una impostura autobiográfica o bien una argucia de la biografía para dotar su relato de mayor veracidad o de verosimilitud:

“Una historia contada, tratando de respetar el orden cronológico de los acontecimientos sin llegar a conseguirlo siempre, porque el impulso de una memoria muy fiel a lo vivido salteaba el antes y el después. No obstante, todos esos recuerdos que brotaban con naturalidad se han ordenado sin adular en ningún momento la esencia de la narración, cuyo resultado es esta biografía, contada con lenguaje sencillo sin buscar en ningún momento el embellecimiento literario que suele exigir el texto de una novela o la historia de un personaje que prefiere el adorno florido de cada frase”. (Matos, 2007: 11)

Matos se describe como “escritora” material (Matos, 2007: 11) de la autobiografía que le dicta Carla Follis/Dolly Van Doll (la “contadora”; Matos, 2007: 11); pero probablemente sea algo más, sobre todo si aceptamos que en su reflexión sobre el proceso de escritura, define el género de la “biografía real” como un recuento cuya “esencia” no puede adulterarse (pero sí reordenarse) y cuya forma no puede ser embellecida. La ambigua apuesta de Pilar Matos, en este sentido, pretende nadar y guardar la ropa: no cae en la ilusión autobiográfica de la fórmula empleada en 1965 por Alex Haley en su célebre *The Autobiography of Malcolm X*, compuesta “sobre la base exclusiva de numerosas entrevistas con el líder revolucionario negro norteamericano que fue asesinado poco antes de la publicación”, según nos recuerda Georges May (1982: 77), pero, al tiempo, incita a los lectores a establecer con su “biografía real” el “pacto autobiográfico” propuesto por Philippe Lejeune (1975: 45).

La aceptación de esta modalidad de “pacto biográfico real”, sin embargo, podría estar sirviendo para apuntalar un género tan estimado en los últimos años en el mercado editorial como cubierto de oprobios por su falta, justamente, de sinceridad (por su incumplimiento del “pacto autobiográfico”, en definitiva): mediante escriba interpuesto, que ejerce como un notario que otorga credibilidad profesional al relato autobiográfico que sigue, Carla/Dolly estaría reforzando la verdad de todo cuanto va a narrarnos, incluso de aquellas páginas (familiares y sexuales) que puedan parecernos más inverosímiles. Después de todo, “How can you tell for sure that the autobiographer isn’t lying? You can’t, or maybe you can to some degree, on small (or not so small) verifiable items” (Miller, 2007: 539). Por otra parte, además, al sugerirnos que Carla/Dolly no domina como una nativa la lengua española, Matos se convierte no sólo en “escritora” de la “contadora” sino en traductora/refundidora que acredita que el texto escrito del que, al fin y al cabo, es “autora” no sufre, como tampoco el testimonio oral del que parte, “ningún toque de amaneramiento autobiográfico” (Matos, 2007: 11).

No obstante, el “amaneramiento” estilístico rechazado por Matos parece salir por las costuras del relato en cuanto la autora tiene ocasión, aunque disfrazado de “amaneramiento” ideológico, pues no de otra manera puede entenderse el título del volumen, que remite a “De niña a mujer”, una de las canciones más populares de Julio Iglesias, en la que, sin nombrar realidades personales -fácilmente reconocibles, por otra parte-, el cantante constataba el *cambio físico* de su hija Chabeli, en el tránsito de la niñez a la adolescencia, al tiempo que se lamentaba del alejamiento de sus hijos tras su divorcio de Isabel Preysler y su residencia a miles de kilómetros de distancia, en Miami. *De niño a mujer*, por consiguiente, elimina buena parte de su carga transgresora al construirse como una muestra insólita de paratexto intertextual rosa (que es el color de la prensa en donde más suele aparecer el cantante). Desde esta perspectiva, convendría valorar si podría aplicarse a esta “biografía real” la paradójica constatación según la cual “formaciones discursivas que se proponen dar voz a los que no tienen voz, [hacen] suya la lógica de los discursos dominantes, cuyo núcleo central es la autovalidación, excluyente de todo disenso” (Ferro, 1998: 31).

Porque parece intuirse como si Carla/Dolly quisiera eliminar a la altura de 2006 su particular y pública revolución sexual -al fin y al cabo ella fue, a la altura de 1965, una de las primeras transexuales operadas en Casablanca, la ciudad marroquí que se acabaría convirtiendo en sinónimo de “operación quirúrgica de cambio de sexo” por ser destino de tantas transexuales europeas de las décadas posteriores-. Y eliminarla en

beneficio de la auto-percepción y la auto-justificación desde el presente más inmediato, que es el de sus 70 años:

“Hoy día soy Carla. Carla para mi familia y para mis amigos. Fue Carla la que creó a Dolly Van Doll. Fue Carla la que sufrió las inclemencias de una guerra, las vicisitudes de una luchadora que se propuso triunfar como artista, la que hizo de Pygmalion con la estrella del *music hall* y la que fue capaz de amar profundamente hasta saber renunciar sin odios ni rencores a un amor que se convirtió en eso tan preciado llamado AMISTAD.

Tengo mis inquietudes, mis hobbies, incluso mis sueños. Soñar no cuesta tanto, al menos para mí. En eso también soy afortunada porque, desgraciadamente, hay personas que no saben soñar.

¿Proyectos?... ¡Siempre! Alguno ya se ha cumplido, como es esta biografía. Más que biografía es una radiografía clara y auténtica en la que ninguna sombra enturbia la verdad de una persona sincera, luchadora y auténtica que, en cierta ocasión, decidió contra viento y marea cambiar de NIÑO A MUJER”. (Matos, 2007: 94)

El título avanzaría el final de la biografía, por consiguiente, pero, a mi juicio, también el “amaneramiento” ideológico de la narración, que va a centrarse en la familia y en la niñez (1938-1948) de Carlo/Carla Angela Follis, entre Italia y Suiza, a lo largo de ocho de las diecisiete secciones en que se divide esta “biografía real”². Estas ocho secciones cumplen el propósito de captar no sólo la atención del lector en una vida cuajada de miserias, sinsabores y desgracias de toda suerte (personales e históricas, pues coincide con la Segunda Guerra Mundial y la inmediata posguerra), sino sobre todo su benevolencia tras el *cambio físico* que se registrará y que se operará, en un doble sentido, a lo largo de las páginas siguientes, las nueve secciones que recogen el resto de su vida (entiéndase entre 1949 y 2006: la primera edición del texto se fecha en enero de 2007).

Será a partir de la novena sección, una vez anulada toda animadversión hacia la voz narrativa, que ésta nos confirme su identidad interior, “la imagen y el deseo de lo que yo anhelaba desde que tuve uso de razón: ser una mujer” (Matos, 2007: 47), pero, por si hubiera cabido suspicacia alguna, líneas antes se nos ha anticipado que a la altura de sus diecisiete años “nunca había tenido relación física con nadie. Yo era un chico y no iba de *loca* por la vida, pero inevitablemente mi aspecto era sensiblemente femenino, ya que no tenía vello en la cara ni en el cuerpo, y la voz de mujer que siempre he tenido me ha causado muchos problemas a causa de las burlas que he sufrido” (Matos, 2007: 46). Como puede constatar, la sencillez estilística es notable, según fuera anticipado en el “Prefacio”, pero esta sencillez perseguida, sin “amaneramiento autobiográfico”, a su vez esconde un victimismo esencialista con el que se busca la aceptación pública. El joven Carlo no era una “*loca*”, no era promiscuo, a pesar de su belleza: era una “chico” trabajador e inmaculado, aunque “sensiblemente femenino”, que había sufrido toda suerte de “problemas” y de “burlas”.

² El recuento biográfico hasta los diez años de edad estaría dividido en las siguientes secciones: (1) “Retrato familiar” (pp. 13-16); (2) “Mi nacimiento” (17-19); (3) “Hacia el sur y regreso” (21-24); (4) “Campanario y colegio” (25-27); (5) “Castañas crudas y la escapada” (29-32); (6) “A Suiza” (33-34); (7) “Otra casa, otra familia” (35-37), y (8) “A Génova” (39-43).

Por supuesto, no estoy juzgando a la *persona*, que merece todo mi respeto y por la que incluso puedo llegar a sentir admiración como consecuencia de la valentía y del arrojo practicados durante una época tan oscura de la rutilante historia europea de la transexualidad, tal como muestra la segunda mitad de esta biografía. De lo que trato, en definitiva, es de subrayar los mecanismos discursivos y verbales que sirven para tejer la identidad y el auto-reconocimiento del *personaje*. Porque este deseo íntimo de “ser una mujer” (Matos, 2007: 46) distinguirá a Carla de muchos de sus compañeros de trabajo profesional, como intérprete y como futura empresaria de la sala “Belle Epoque” en Barcelona: “Yo no conocía el mundo gay, y la verdad es que no me interesaba. Ni había visto nunca un travestí, ni sabía que eso existiera... ¿Existía en 1957?” (Matos, 2007: 47). Por supuesto que los travestis existían en 1957, como ella misma constatará ese mismo año y comentará detalladamente en las siguientes secciones³.

De niño a mujer merece ser leída, incluso entre quienes no estén interesados en los renombrados escenarios europeos (alemanes, franceses, españoles,...) que en las décadas de los 50, 60 y 70 empezaron a explotar un filón gay/travesti/transexual de considerable éxito, porque, además de esbozar los contornos de estos espacios de sociabilidad sexual en el margen, de los cuales y de cuyos protagonistas no guardamos demasiados testimonios en primera persona, ofrece una “radiografía clara y auténtica” de lo que significaba una operación de cambio de sexo (de hombre a mujer) en aquellos años, empezando por el propio cuerpo de la persona intervenida. En el caso que aquí se recoge, con dolor pero con éxito, pues muchas otras quedaron en el camino... Carla Follis, en este sentido, no presenta reparos en describir los resultados, aunque sólo redunde en un paradójico esencialismo quirúrgico, el que le permite “ser mujer” y disfrutar a partir de ese momento de una sexualidad femenina que para decir su nombre debe ser también física y no sólo psíquica:

“Yo, aunque nací con una naturaleza masculina muy pobre porque tuve unos testículos como guisantes y un pene diminuto, he tenido y tengo próstata. Esto quiere decir que, con la vagina artificial que se hace y el perfecto funcionamiento de la próstata, he tenido siempre un resultado sexual perfecto; y, al decir perfecto, quiero decir que he gozado del orgasmo como pueda decirlo cualquier mujer o cualquier hombre.

La mujer no goza a través de la vagina, sino del clítoris. En mi caso se obtiene una gran estimulación a través de los labios que se hacen con la piel del escroto, pequeña parte que queda en el interior y que podríamos llamar clítoris, que con la reacción natural de la próstata se logra alcanzar el éxtasis de la manera más placentera”. (Matos, 2007: 69)

Según Fernando Cabo (1993: 136), “lo más llamativo en el artefacto autobiográfico es la presencia de una voz de apariencia autoconstituyente que trata de imponerse a sí misma como enunciadora de un determinado discurso y busca delimitar su propio contorno desde la base de un esfuerzo de identificación”. Esta reflexión creo que se ajusta perfectamente a la “biografía real” de Carla Follis/Dolly Van Doll, además de en un sentido literal, en tanto que “artefacto autobiográfico”, en la medida en que *De niño a mujer* constituye un ejemplo muy original de revisión vital en la que la persona transexual niega y acata la Naturaleza para acabar acomodándose sin discusión y con

³ La que podríamos calificar, *grosso modo*, de segunda mitad de esta biografía estaría compuesta por las secciones siguientes: (9) “Cambio de empleo” (45-49); (10) “París... Hamburgo... Berlín” (51-54); (11) “Otra vez París” (55-63); (12) “La operación” (65-69); (13) “El post-operatorio” (71-74); (14) “Ya soy mujer” (75-77); (15) “España” (79-82); (16) “Belle Epoque” (83-87), y (17) “La gran confesión” (89-94).

satisfacción íntima a un discurso naturalizador heteronormativo, comprensible entre algunos de sus destinatarios más directos, aquellos antiguos admiradores que no se quieren contemplar en las aguas turbulentas del pasado sino en un modelo de superación personal cristiano, capitalista y heterosexual, a pesar de sus, pretendidamente naturales, contradicciones:

“Mi naturaleza ha sido un error absoluto. Yo he nacido con piel de mujer, con formas de mujer, con espíritu de mujer y con ademanes de mujer. No he sido nunca un hombre absoluto: es decir, con los atributos de un hombre en cuanto a genitales, o pelo, o músculos. Un hombre homosexual, no. Yo creo que he nacido mujer con ese pequeño error de complemento: con unos atributos masculinos pequeños y equivocados que resultaban un contrasentido en mi forma de ser y de amar”. (Matos, 2007: 69)⁴

2.- La autobiografía híbrida: *transgéneros post-queer*

En las décadas de los 70 y de los 80, el género autobiográfico gozó de un notable atractivo como terreno de estudio en Europa y en Norteamérica, tanto en el ámbito de la historiografía literaria como en el de las investigaciones de teoría de la literatura, cuyos intereses han ido oscilando entre aquellos textos que demuestran “su capacidad de dar testimonio de una época o de la vida de un individuo (aunque en el caso de las minorías ese valor testimonial sea muy importante, precisamente por la carencia de información que sobre ellas tenemos)” y aquellos otros textos que pueden constituir “el campo privilegiado en el que se entrecruzan y dirimen hoy en día no sólo conceptos simplemente literarios sino nociones que fundamentan el conocimiento occidental” (Loureiro, 1991: 17-18). Un buen ejemplo del valor testimonial de esta literatura sería la biografía de Carla Follis/Dolly Van Doll, como en buena medida también lo es *Testo yonqui*, de Beatriz Preciado, aunque en este segundo caso, creo que se produce un claro desplazamiento hacia esa última esfera apuntada, la que aborda nociones fundamentales como “realidad referencial, sujeto, esencia, presencia, historia, temporalidad, memoria, imaginación, representación, mimesis, poder” (*ibid.*)...

Pero, ¿es Beatriz Preciado trans? La respuesta sería positiva y negativa, según el discurso y el interlocutor, según qué siga al prefijo *trans-*, pues

“si no acepto definirme como transexual, como ‘disfórico de género’, entonces deberé admitir que estoy enganchado a la testosterona. Cuando un cuerpo abandona las prácticas que la sociedad en la que vive le autoriza como masculino o femenino, se desliza progresivamente hacia la patología. Esas son las opciones biopolíticas que se me ofrecen: o me declaro transexual, o me declaro drogadicta y psicótica. En el estado actual de cosas parece más prudente declararse transexual y dejar que la medicina crea que puede proponerme una cura satisfactoria a mi ‘trastorno de identidad de género.’”⁵ (Preciado, 2008: 173)

⁴ Se trata de una argumentación compartida por transexuales de su generación, como sugiere, por ejemplo, el siguiente testimonio de Lorena Capelli, fallecida en 1976 por complicaciones derivadas de su intervención quirúrgica: “Puedo garantizar que nací mujer, pensando y reaccionando como tal. Mi único problema fue la equivocación de la naturaleza al otorgarme los órganos femeninos de un varón” (recogido por Olmeda, 2004: 250, a partir de una entrevista, no fechada, en *Diario 16*).

⁵ Y prosigue líneas más adelante: “De lo que se trata en definitiva es de declararme enfermo mental, confirmando así los criterios fijados por la DMS-IV, el Manual de Diagnóstico de Enfermedades Mentales de la Organización Mundial de la Salud, en el que la transexualidad aparece como enfermedad

Las diferencias entre una obra y otra, más allá de su extensión (94 frente a 324 páginas), resultan tan obvias como relevantes para comprender los mecanismos de auto-percepción del cuerpo trans: sus protagonistas pertenecen a contextos históricos y geográficos diferentes (una nació en Turín, en 1938, y la otra en Burgos, en 1970); una “cuenta” su biografía desde la atalaya de sus 70 años, mientras que la otra relata parcialmente su trayectoria vital en torno a los 35; mientras que una es mujer sin apenas estudios, pues a los 10 años tuvo que empezar a ganar un jornal, la otra ha podido desarrollar una sólida carrera académica; una fue estrella del “music hall” en los años 60-70, la otra ha logrado dedicarse a la investigación y a la docencia universitaria desde la década de los 90. Una es, claro una transexual (de hombre a mujer) que ha pasado por el quirófano para su “reassignación”; la otra es una mujer que manipula su genitalidad femenina en beneficio de una experimentación que va más allá de ciertas tácticas sexuales masculinas, pues deviene juego y cuestionamiento constantes del binarismo de género. Evidentemente, mientras que una se sitúa en el territorio *hetero* Julio Iglesias, la otra se instala en el espacio *queer* de Judith Butler, con todo lo que ello implica a nivel ideológico.

Pero, de forma paralela, también podrían apuntarse algunos nexos comunes, que serían aquellos que podrían fijar un espacio autobiográfico trans común. Destaco dos: la primera sería la revisión de la niñez y adolescencia como espejo que refleja la identidad sexual; la segunda vendría asociada a la experiencia del exilio y con ella, la del viaje que abre las puertas a nuevas realidades, a nuevas lenguas y a nuevas auto-percepciones (no estoy aludiendo al exilio involuntario de Carlo con su familia, tras la guerra, sino al posterior peregrinaje por Suiza, Alemania, Marruecos o Francia de Dolly y al periplo sexual/intelectual de Preciado por Estados Unidos y Francia). En ambos casos, además, se constata que “El auténtico y genuino esfuerzo autobiográfico se encuentra guiado por el deseo de percibir y de otorgar un sentido a la vida. [...] La cuestión esencial reside en que ese momento en el tiempo está situado en un lugar de la vida del escritor más allá de un momento de crisis o más allá de una experiencia, o de un conjunto de experiencias que pueden jugar la misma función de una crisis” (Weintraub, 1991: 20). Mientras que Carla/Dolly estaría otorgando ese primer sentido a su periplo personal, Beatriz baña su relato de autenticidad autobiográfica desde el inicio a partir de una crisis (la muerte de un amigo, Guillaume Dustan) y a sendas experiencias (el uso de testosterona y su relación con Virginie Despentes):

“Durante el tiempo que dura este ensayo suceden dos mutaciones externas en el contexto próximo del cuerpo experimental, cuyo impacto no había sido calculado, ni hubiera podido computarse como parte de este estudio, pero que constituyen los dos límites en torno a los cuales se adhiere la escritura: primero, la muerte de G. D., condensado humano de una época que se desvanece, ídolo y último representante francés de una forma de insurrección sexual a través de la escritura; y, casi simultáneamente, el tropismo del cuerpo de B. P. hacia el cuerpo de V. D., ocasión irrenunciable de perfección y de ruina. [...] No me interesan aquí mis sentimientos, en tanto que míos, perteneciéndome a mí y a nadie más que a mí. No me interesa lo que de individual hay en ellos. Sino cómo son atravesados por lo que no es mío”. (Preciado, 2008: 15)

mental junto con el exhibicionismo, el fetichismo, el frotteurismo, el masoquismo, el sadismo, el travestismo y el voyerismo” (Preciado, 2008: 173).

Como se habrá constatado, Preciado no estaría escribiendo una autobiografía en sentido estricto, ni una “biografía real”, a la manera de Dolly Van Doll/Pilar Matos, sino un “ensayo” mediante la comunión de al menos dos de las acepciones de esta palabra: la experimentación material con su propio cuerpo y la de la reflexión intelectual sobre las alteraciones de ese mismo cuerpo físico y sobre los discursos y estructuras que lo vuelven (im)posible. Recuérdesse que “la palabra misma *ensayo* se caracteriza por su polisemia, normalmente vinculada a una acción probatoria: un ensayo sería una prueba que precede a una acción con rango superior (el ensayo de representación de una pieza teatral) o definitivo (un ensayo científico). Desde esta perspectiva, resulta interesante destacar que no sería hasta 1869 que el *DRAE* incluya la acepción de ensayo en su modalidad de subgénero literario” (Mainer, 1996: 9). Pero se trata de un “ensayo” que me atrevería a definir como “impuro”, por híbrido, como Preciado se complace en señalar en el prólogo prologo, implícitamente, al emplear términos como “reflexiones”, “narraciones y “relatos”, cuando afirma que el “Si el lector encuentra dispuestos aquí, sin solución de continuidad, reflexiones filosóficas, narraciones de sesiones de administración de hormonas y relatos detallados de prácticas sexuales es simplemente porque éste es el modo en el que se construye y se deconstruye la identidad” (Preciado, 2008: 16).

Esta construcción y deconstrucción de la identidad se aprecia a lo largo y ancho del cuerpo de la narradora que ensaya y se ensaya, y que explora a los otros mediante un recorrido que combina el recuento personal y el análisis político: “La escritura es el lugar en el que habita mi adicción secreta y, al mismo tiempo, el escenario en el que mi adicción sella un pacto con la multitud” (Preciado, 2008: 48). Un ensayo cuyo “yo” puede ser masculino y femenino, pero también la suma de ambos, pues “Este libro no tiene razón de ser fuera del margen de incertidumbre que existe entre yo y mis sexos” (Preciado, 2008: 23). Preciado ordena este ensayo, a veces claramente, pero en ocasiones difuminando las fronteras de los contenidos, mediante una alternancia de capítulos: los impares suelen consagrarse a describir prácticas íntimas, los pares a historiar y enjuiciar prácticas colectivas⁶. Es así como reformula conceptos como “subjetividades toxicopornográficas” (Preciado, 2008: 33), “farmacopornismo” (Preciado, 2008: 37), “cuerpo polisexual” y “tecnocuerpo” (Preciado, 2008: 39), “bio-hombre/bio-mujer” y “trans-hombre/trans-mujer” (Preciado, 2008: 85)...

Antes de este ensayo, Beatriz Preciado ya era conocida por su *Manifiesto contra-sexual* (2002), un volumen de piezas ensayísticas en donde, según Marie-Hélène Bourcier (2002: 12), se “pone el acento precisamente sobre aquellas zonas olvidadas por los análisis feministas y queer: el cuerpo como espacio de construcción bio-política, como lugar de opresión, pero también como centro de resistencia”. En *Testo yonqui*, Preciado recuerda el eco que esta obra suscitó a la altura del año 2000 en numerosos colectivos franceses de gays y lesbianas, rememorando las invitaciones que le llegan “de todos los rincones de Francia” (Preciado, 2008: 71), como consecuencia del hecho de que coincidiera con “el principio de las políticas *queer* en Europa” (Preciado, 2008: 70).

⁶ Así, podría afirmarse que formarían parte de la esfera más aparentemente *íntima* los capítulos 1 (“Tu muerte”, pp. 19-24), 3 (“Testogel”, 47-56), 5 (“El cuerpo de V. D. entra a formar parte del contexto experimental”, 69-80), 7 (“Devenir T.”, 101-110), 9 (“Testomono”, 159-178), 11 (“Jimi y yo”, 221-232) y 13 (“La vida eterna”, 287-310), mientras que la reflexión política, filosófica y social más *pública* se concentraría en los capítulos 2 (“La era farmacopornográfica”, 25-46), 4 (“Historia de la tecnosexualidad”, 57-67), 6 (“Tecnogénero”, 81-99), 8 (“Farmacopoder”, 111-158), 10 (“Pornopoder”, 179-219) y 12 (“Micropolíticas de género en la era farmacopornográfica. Experimentación, intoxicación voluntaria, mutación”, 233-285).

Pero la rememoración de esta circunstancia autobiográfica redonda no en beneficio de su currículum sino con el objetivo de ubicar su relación presente con Virginie Despentes y para constatar su “carrera sexual de alto conquistador sin polla que se inicia en mi tierna infancia [...]. Desde niña poseo una polla fantasmática de obrero. Reacciono a casi cualquier culo que se mueve” (Preciado, 2008: 75). Por supuesto, esta es otra de las grandes diferencias con el relato de la niñez de Dolly Van Doll, aunque no tanto por el género masculino/femenino empleado, ni por la virginal auto-imagen de una frente a la hipersexualidad del otro, que sólo en parte también, como por el juego “sin polla”/con “polla” que pone en solfa el entramado de identidades:

“Esos son, por decirlo siguiendo a Judith Butler, los ‘abusos del performativo’ que me han constituido: nací durante la dictadura en una pequeña ciudad española dominada por el franquismo católico, me asignaron sexo femenino, hicieron del español mi lengua materna, me educaron para ser una niña modelo, me pagaron colegios caros y clases particulares de latín.

Hoy habito distintas megaciudades occidentales (en general, de entre cuatro y ocho millones de habitantes, teniendo en cuenta las periferias) y en las que sobrevivo sexual y políticamente gracias a un tejido micro-comunitario *underground*. Mi vida está hecha de circulaciones entre distintos lugares que son al mismo tiempo centros de producción de discursos dominantes y periferias culturales. Transito entre tres lenguas que ya no considero ni mías ni extranjeras. Incorporo una condición bollo-transgénica, hecha de múltiples biocódigos, algunos de los cuales son normativos, otros son espacios de resistencia y algunos posibles puntos de invención de subjetividad. En cada caso se trata de medioambientes artificiales, islas sintéticas de subjetivación injertadas en el tejido sexo-urbano dominante”. (Preciado, 2008: 77)

Probablemente, si Carla/Dolly leyera estas líneas no entendería nada o muy poco (aunque parte de la experiencia lingüística sea común) y Pilar Matos consideraría, con suerte, que se trata de una modalidad textual en donde se aprecia un “toque de amaneramiento autobiográfico”. No sería ilógico, teniendo en cuenta algunos de los abismos que separan ambos volúmenes, otro de los cuales deriva de la canonicidad de sus modelos estilísticos. La “biografía real” no deja de operar según el clásico patrón cristiano de la confesión, de recuento de vida, mientras que este “ensayo” se sabe rupturista en el fondo y en la forma. Aunque más en lo primero que en lo segundo, pues la “autobiografía totalizante sembra sustituida, oggi, da un’ autobiografia (si pensi anche a *L’amante della Duras*) decostruttrice, disgregata” (Briosi, 1986: 15).

Desde un enfoque complementario, también debe señalarse que Preciado se desmarca, nada menos que en la primera frase de *Testo yonqui*, de una modalidad narrativa que en los últimos años ha acaparado una importante atención crítica, como consecuencia del cobijo que en ella han encontrado numerosos escritores europeos: “Este libro no es una autoficción” (Preciado, 2008: 15). ¿Por qué podría alguien considerar esta obra una “autoficción”? Probablemente, porque su definición más común viene asociada precisamente con la hibridación de géneros que practica Preciado: “Variante de l’écriture autobiographique, qui tend à abolir la frontière entre la fiction et la non-fiction: des événements biographiques sont mêlés à des (ou déguisés en) données fictives et vice versa” (Gorp, 2005: 54-55). Sin embargo, el lector atento que no abandone en las primeras páginas el recorrido del *yonqui de testosterona* que lo protagoniza, estará de acuerdo con la frase inicial, y quizá comparta conmigo la

hipótesis de que se trata de una “autobiografía híbrida”, que se complace en jugar con los géneros literarios (*genres*) con el objetivo de reformular los géneros sexuales (*genders*), mediante una primera persona multiplicada, con un claro propósito político (pues no debe olvidarse la aseveración según la cual “La certeza de ser hombre o mujer es una ficción somaticopolítica”; Preciado, 2008: 89)⁷. Por ejemplo:

“Me sorprende la frecuencia con la que los ginecólogos que he visitado durante los últimos quince años me proponen, indiferentes a mi afirmación en la sexualidad lesbiana, dildónica o anal, la píldora como método anticonceptivo, elogiando sus virtudes para ‘regular el ciclo menstrual’, ‘mejorar la calidad de la piel’ o ‘aliviar los dolores de la regla’, sin mencionar sus efectos secundarios, excepto su interacción cancerígena en el caso del consumo de tabaco -donde el responsable parece más bien el tabaco que la píldora-. La cuestión es administrarse la dosis farmacopornográfica necesaria de estrógenos y progesterona para transformarme en una hembra sumisa, de grandes senos, humor depresivo pero estable, sexualidad pasiva o frigidez. [...] Por el momento, ninguno de los estados occidentales ha aceptado la legalización de la administración libre de la testosterona a las bio-mujeres, puesto que correría el riesgo de enfrentarse social y políticamente a una virilización semiotécnica de la población femenina”. (Preciado, 2008: 142 y 149)

En definitiva, frente al esquema binario de Carla/Dolly (común a la inmensa mayoría de “heterosexuales”, “homosexuales” y “transexuales”, pues no debe olvidarse que “el género trans no es mejor ni más político que el género bio” (Preciado, 2008: 86), y que el movimiento *queer* ha sido “traicionado por los movimientos homosexuales y transexuales, y por sus alianzas con los poderes médicos, jurídicos y mediáticos”; (Preciado, 2008: 208)⁸, e incluso frente a la diversidad biológica de los “cinco sexos” expuesta por Anne Fausto-Sterling (1998), la propuesta de Beatriz Preciado, y con ella la de su espacio autobiográfico, sería “aceptar el carácter radicalmente tecnoconstruido, irreductiblemente múltiple, plástico y mutable de las identidades de género y sexuales” (Preciado, 2008: 151), que incorpora una llamada urgente a la acción:

“Las innovaciones teórico-políticas generadas por el feminismo, el movimiento de liberación negro, la teoría *queer* y transgénero durante los últimos cuarenta años parecen hoy adquisiciones perennes. [...] Es preciso transformar ese saber minoritario en experimentación colectiva, práctica corporal, en modo de vida, en forma de cohabitación, antes de que todos y cada uno de los frágiles y escasos archivos existentes de feminismo y cultura *queer* hayan sido completamente reducidos a sombras radioactivas...”. (Preciado, 2008: 243)⁹

⁷ En un cajón (o en un disco duro) quedaría *Ano Público*: “Estoy a punto de concluir las primeras seiscientas páginas de *Ano Público*, una entrevista a mí misma en la que explico las razones por las que abandoné las políticas *queer*, pero no pienso publicarlas, las considero todavía insuficientes, demasiado tiernas para la brutalidad del siglo presente, ostensiblemente egoístas para hacer frente al dolor colectivo que se acerca con la desaparición progresiva de todo lo vivo” (Preciado, 2008: 102).

⁸ Además, “La palabra *queer* que sirvió durante algunos años en los países anglosajones y en Europa, a través de un ejercicio de traducción cultural, para nombrar estas luchas múltiples se ve ahora sometida a un proceso creciente de reificación y mercantilización” (Preciado, 2008: 239).

⁹ O dicho con otra formulación: “Mi género no pertenece ni a mi familia ni al Estado ni a la industria farmacéutica. Mi género no pertenece ni siquiera al feminismo, ni a la comunidad lesbiana, ni tampoco a la teoría *queer*. Hay que arrancarle el género a los macrodiscursos y diluirlo en una buena dosis de psicodelia hedonista micropolítica” (Preciado, 2008: 284).

El azar ha querido que entre 2006 y 2008 hayan visto la luz cuatro obras dispares sobre la diversidad trans con entidad autobiográfica o, al menos, con voluntad memorialista: las *Memorias* de Pierrot (2006), un conjunto de entrevistas y reflexiones a algunas de las figuras más representativas del mundo del espectáculo transexual/travesti/transformista en la España de los 70, la “biografía real” de Dolly Van Doll (2007), que, como acabo de apuntar, supone una curiosa reevaluación de la realidad transexual de los 60, vinculada a la anterior por el ámbito profesional en que sus protagonistas se mueven, y que es la antítesis, formal y vital, de la tesis doctoral de Norma Mejía, titulada *Transgenerismos* (2006), que representa una de las aportaciones más originales en torno a la sexualidad (no sólo trans) en nuestro país, en la que ahora no puedo abundar, y *Testo yonqui*, de Preciado (2008). A estos cuatro volúmenes debiera añadirse *Transexualidad, intersexualidad y dualidad de género*, ensayo del antropólogo José Antonio Nieto (2008) en donde se recogen literalmente nueve narrativas trans (seis de varón a mujer y tres de mujer a varón; estas últimas, como se habrá advertido, las menos abundantes). Aunque el tiempo que media entre las fechas de publicación de unas obras y otras sea escaso, las realidades que tratan y las reflexiones en las que abundan no pueden ser más variopintas, también como resultado de los marcos cronológicos (y, por ende, sociales y políticos) en que se inscriben. En todo caso, me parecen contribuciones indispensables para empezar a abordar uno de los cuerpos sexuales narrativos (y autobiográficos) más ignorados, por marginados, de nuestra historia.

Bibliografía

- Bourcier, Marie-Hélène (2002) “Prefacio” en Preciado, Beatriz (2002), pp. 9-13.
- Brioso, Sandro (1986) “Autobiografía e finzione”, *Quaderni di Retorica e Poetica* 1, pp. 9-16.
- Cabo Aseguinolaza, Francisco (1993) “Autor y autobiografía”, en Romera, J. (ed.) *Escritura autobiográfica*, Madrid: Visor, pp. 133-138.
- Catelli, Nora (2007) *En la era de la intimidad, seguido de El espacio autobiográfico*, Rosario: Beatriz Viterbo.
- Fausto-Sterling, Anne (1998) “Los cinco sexos”, en Nieto J. A. (comp.) *Transexualidad, transgenerismo y cultura. Antropología, identidad y género*, trad. Rafael Heredero, Madrid: Talasa, pp. 79-89.
- Ferro, Roberto (1998) “La verdad, la corrección, lo *correcto* del testimonio”, *Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos* 3, pp. 27-39.
- Gorp, Hendrik van (2005) *Dictionnaire des termes littéraires*, Paris: Honoré Champion.
- Loureiro, Ángel G. (1991) “La autobiografía española: actualidad y futuro”, *Anthropos* 125, pp. 17-20.
- Lejeune, Philippe (1975) *Le pacte autobiographique*, Paris: Seuil.

- Mainer, José-Carlos (1996) “Apuntes junto al ensayo”, en *El ensayo español, I. Los orígenes: siglos XV a XVII*, Barcelona: Crítica, pp. 9-33.
- Matos, Pilar (2007) *De niño a mujer. Biografía de Dolly Van Doll*, Córdoba: Arco Press.
- May, Georges (1982) *La autobiografía*, trad. Danubio Torres Fierro, México: Fondo de Cultura Económica.
- Mejía, Norma (2006) *Transgenerismos. Una experiencia transexual desde la perspectiva antropológica*, Barcelona: Bellaterra.
- Mérida Jiménez, Rafael M. (2008) “Memoria marginada, memoria recuperada: escrituras trans (c.1978)”, en Masó, J. (ed.) *Escrituras de la sexualidad*, Barcelona: Icaria, pp. 105-125.
- Miller, Nancy K. (2007) “The Entangled Self: Genre Bondage in the Age of the Memoir”, *Publications of Modern Language Association of America* 122/2, pp. 537-548.
- Nieto, José Antonio (2008) *Transexualidad, intersexualidad y dualidad de género*, Barcelona: Bellaterra.
- Olmeda, Fernando (2004) *El látigo y la pluma. Homosexuales en la España de Franco*, Madrid: Oberon.
- Pierrot (2006) *Memorias trans. Transexuales – travestis – transformistas*, Barcelona: Morales i Torres.
- Preciado, Beatriz (2002) *Manifiesto contra-sexual*, Madrid: Opera Prima.
- Preciado, Beatriz (2008) *Testo yonqui*, Madrid: Espasa.
- Weintraub, Karl J. (1991) “Autobiografía y conciencia histórica”, *Suplementos Anthropos* 29, pp. 18-33.